

Quadernos del Sur

Año 14 - N° 27

Octubre de 1998

Tierra
del Fuego

¿Adiós a la Revolución? La modernidad democrática de la izquierda*

Caio Navarro de Toledo**

A Florestan Fernandes



Intelectuales y partidos políticos de izquierda, en los tiempos actuales, han hecho de la democracia el principal tema de sus preocupaciones teóricas y la cuestión central de su agenda política. Como observó recientemente un sociólogo inglés, «la izquierda se rindió a la democracia». Reflexionando sobre la cultura política en el Occidente capitalista, P. Hirst concluye que «la izquierda intelectual en Europa y en los EUA adoptó la democratización como esencia de sus reivindicaciones políticas».¹

En el Brasil, hasta mediados de los años 60, la izquierda estaba movilizada en torno a las reformas sociales, del nacional-desarrollismo, del socialismo y de la revolución. La cuestión democrática aparecía subordinada o de importancia secundaria en la reflexión teórica en la lucha ideológica de esos tiempos. Se creía que la democracia política sólo tendría sentido y relevancia para las grandes masas trabajadoras a partir del momento en que sus reivindicaciones básicas e inmediatas fuesen ampliamente atendidas. Mientras el desarrollismo económico y las reformas sociales de carácter estructural no se efectivizasen, la democracia política no dejaría de ser «formal» o «abstracta» para el conjunto de los trabajadores y de las masas populares. Para la izquierda de orientación marxista, la democracia política exigía, como condición previa y necesaria, la realización de la democracia social y económica. Dependiente y subordinada, la democracia política jamás podría tener un valor en sí misma.

A partir de los años 70, el marco teórico es enteramente distinto. El análisis crítico del «socialismo real», iniciado décadas atrás por teóricos y militantes (marxistas, socialdemócratas y otros), particularmente en el

* *Crítica Marxista*, vol. I, núm.1, San Pablo, 1994.

** Profesor del Departamento de Ciencia Política del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Unicamp.

exterior, así como la dura experiencia de la dictadura militar después de 1964, contribuyeron decisivamente para que la izquierda brasileña «rehabilitase» la cuestión de la democracia. En rigor, la crítica de la llamada visión «instrumental» y «tacticista» de la democracia parece estar hoy ampliamente consolidada al interior del pensamiento político de la izquierda latinoamericana.²

Para significativos sectores de la izquierda, la defensa de la democracia no debe tener más un valor táctico, en cambio debe adquirir un valor estratégico, un valor en sí mismo.

En una formulación que tiene el mérito de la claridad y de la polémica, un calificado intelectual y dirigente político del Partido de los Trabajadores sintetizó el compromiso de sectores de la izquierda brasileña con la democracia: «(...) la democracia política es un fin en sí. Un valor estratégico y permanente. Si esta tesis es socialdemócrata, paciencia. Seamos socialdemócratas».³

Siendo la modernidad identificada hoy con la democracia, y ya no con la revolución, tal izquierda se afirma como moderna. Crítica radical de la «izquierda revolucionaria» –designada siempre con las adjetivaciones de «primitiva» y «anacrónica»–, la izquierda «moderna» pasa gradualmente a privilegiar como interlocutores a los sectores socialdemócratas y a los llamados demócratas radicales (liberales progresistas y marxistas confesadamente antileninistas).⁴

Como fue observado, el ensayo de Carlos Nelson Coutinho, *A democracia como valor universal* estaría en el origen de las postulaciones de la izquierda «moderna» en el Brasil. Posteriormente, *¿Por qué democracia?*, de Francisco Weffort, contribuyó igualmente para la difusión de las tesis más representativas, de ese sector de la izquierda, sobre el valor y el significado de la democracia en el capitalismo contemporáneo.⁵

En su ensayo, Coutinho argumenta que el marxismo –al contrario de las interpretaciones liberales o de orientación stalinista– siempre valoró el tema y la realidad política de la democracia. Solamente lecturas reduccionistas y economicistas pudieron identificar la democracia con la dominación burguesa. Como un ideal político, la realización de la democracia fue buscada desde las primeras comunidades históricas y en diferentes formaciones económico-sociales. La democracia es, así, un valor universal. Las objetivaciones de la democracia se tornan valor universal en la medida en que contribuyen «para explicitar los componentes esenciales contenidos en el ser genérico del hombre», tanto en el capitalismo como en el socialismo. En otras palabras, Weffort señala: «¿Por qué la

democracia es un valor universal?». Por la razón muy simple de que sus conquistas, después de haber llegado a los trabajadores, refieren a todos los hombres».

Destacando la contribución teórica de Norberto Bobbio, y en las sendas abiertas por Coutinho, Weffort considera que la democracia, en los tiempos actuales, tiene un carácter subversivo: «El programa de una democracia moderna en el Brasil es de una verdadera revolución». Como se observó anteriormente, si ayer la radicalidad se llamaba Revolución social, hoy ella está subsumida en la «invención» de la democracia.

Siendo un valor general, la democracia en las sociedades modernas habría perdido su (otro) naturaleza clasista. Sería, pues, un anacronismo denominar a la democracia política (moderna) burguesa, no tendría sentido que los trabajadores lucharan por la realización de una democracia obrera. Si esos conceptos, en los inicios del capitalismo, tuvieran algún valor explicativo, actualmente estarían despojados de cualquier sentido teórico y político. Parodiando el famoso pasaje de Engels, los conceptos de «democracia burguesa» y de «democracia proletaria» deberían estar, al lado de la roca y del machete de bronce, en el museo de las antigüedades obsoletas...

En verdad, como aseveran los dos autores citados, la democracia moderna, además de no ser más burguesa, es, por el contrario, «instrumento del proletariado y de las masas populares contra la burguesía» (Weffort). En el interior de esa democracia moderna, la lucha política se configura básicamente como una auténtica batalla entre hegemonías. Tanto para Weffort como para Coutinho, queda abierta la posibilidad de realización –en plena vigencia del modo de producción capitalista– de una hegemonía popular u obrera dentro de la democracia moderna (Coutinho prefiere las expresiones «democracia de masas» y «democracia de base», inspirado en los comunistas italianos).

Para Weffort, la viabilidad de la hegemonía popular es incontestable, pues la democracia moderna es una nítida creación de las luchas populares y de los trabajadores en general. El dice: «Llamar a las modernas democracias europeas actuales de burguesas sólo es posible a costa de un enorme empobrecimiento del análisis y, por consiguiente, de la perspectiva política. Sería más correcto decir que son democracias bajo hegemonía burguesa e, incluso, hegemonía en permanente disputa por parte de los trabajadores. El problema de los trabajadores en las democracias modernas es conquistar la hegemonía en el campo de una democracia que consideran suya».⁶

En la perspectiva de esos autores, la profundización de la democracia política — posible gracias a las luchas emprendidas por los trabajadores — puede conducir a esta clase a detentar el comando político y la dirección ideológico-cultural sobre el conjunto del Estado y de la sociedad civil. En su ensayo, Coutinho cree en la posibilidad de eliminar el dominio burgués sobre el Estado con el fin de que ocurra «el pleno florecimiento de los institutos políticos democráticos». El Estado al «ampliarse» — al contrario de lo que pensaban los clásicos, afirma Coutinho, «dejó de ser el instrumento de una clase para convertirse en una arena privilegiada de la lucha de clases».⁷

La negación de la naturaleza de clase de las instituciones políticas vivientes en el capitalismo, como también la afirmación de la posibilidad de la hegemonía popular en los regímenes democráticos modernos, implica la admisión del carácter neutro de los aparatos represivos e ideológicos existentes, sean estatales o privados. Eso significa que no habría límites impasables u obstáculos estructurales para la acción de las masas populares y de los trabajadores en sus luchas por la ampliación y expansión del orden político democrático.

Para esos autores, la batalla por la hegemonía pasa no tan sólo por la conquista de la sociedad civil como también por la continua penetración popular en el seno del aparato del Estado capitalista. Así, la democratización del Estado y de la sociedad civil se haría indistintamente, en los órganos de represión (Fuerzas Armadas, policía, etc.), en los aparatos ideológicos o de hegemonía.

Esta «democracia de masas» a ser alcanzada, en pleno orden capitalista, anticiparía la sociedad socialista radicalmente democrática a ser realizada en el futuro. La estrategia política para la transición al socialismo se configura así: la expansión ilimitada de la democracia política — permitiendo la amplia realización de las reformas sociales y económicas — implicará la emergencia de la nueva sociedad. En esta perspectiva, el orden burgués no pudiendo compartir la democracia de masas — resultado de la asociación de la democracia representativa con la democracia directa — se transformará cualitativamente en dirección al socialismo. Tal como aparecía sintetizado en un programa de los PC en décadas pasadas: «El socialismo se constituirá en una etapa superior de la democracia y de las libertades: la democracia llevada a sus últimas consecuencias».⁸

Un segundo núcleo de cuestiones residiría en un examen del tema de la hegemonía popular en la construcción de esa nueva democracia y como estrategia en la lucha por el socialismo.

La hegemonía popular, como se observó, es concebida no tan sólo en el plano de las instituciones formalmente políticas del capitalismo contemporáneo como también —principalmente— en el terreno de la cultura y de la ideología. En los términos gramscianos, se habla de hegemonía civil, la conquista del consenso sobre la sociedad civil. Críticos agudos del llamado reduccionismo clasista y del economicismo —atribuídos a la Tercera Internacional—, tales autores postulan y afirman la posibilidad de la hegemonía popular y obrera aun antes de la conquista del Estado capitalista y previa a la transformación de la estructura de las relaciones de producción dominantes. Innecesario recordar que Gramsci es aquí invocado para legitimar y apoyar esta perspectiva teórica-estratégica.

Otra cuestión relevante para destacar en esa interpretación es el presupuesto —en rigor de verdad implícito— por el cual la dominación burguesa en el capitalismo contemporáneo se realizaría básicamente por medios consensuados, y ya no más predominantemente por medios represivos o coercitivos. La democratización ampliada del Estado retiraría gradualmente de éste su otrora carácter represivo dominante, tal como fue acentuado en los trabajos de los clásicos. Un teórico comunista italiano expresó este punto con especial claridad: «El Estado, de simple instrumento de clase, construído y generado esencialmente por la coerción, se tornó otra cosa. Prevalecen los aparatos de hegemonía, mientras los propios aparatos represivos sufren transformaciones».⁹

De los dos presupuestos antedichos —la posibilidad de la hegemonía de los trabajadores sobre el conjunto de la sociedad civil y del Estado y la concepción de la hegemonía como el más importante instrumento de la dominación burguesa— se deriva una tesis de orden estratégico, conforme observó P. Anderson: la lucha fundamental a ser emprendida por los trabajadores en el capitalismo contemporáneo sería la de la conquista de la hegemonía.¹⁰

G. Vacca, otro importante teórico italiano, sintetizó esta posición: «(...) la única perspectiva realista para la revolución socialista no es más la conquista y la sustitución integral de los aparatos del Estado, sino su transformación y orientación radicalmente diversas. El terreno fundamental de la lucha es el de los aparatos de hegemonía (escuela, iglesia, mass media, justicia, instituciones políticas y administrativas, familia, etc.).¹¹

En su ensayo pionero, Coutinho se vale de la noción de «guerra de posición» para designar la batalla por la hegemonía en el seno de la sociedad civil. En un libro posterior,¹² prolonga el campo de la «guerra de posición». Inspirado en la última obra de N. Poulantzas, conforme aclara,

habla de la necesidad de una «batalla de posición» en el interior del Estado. En ambos libros, la «guerra de posición» siempre es pensada en oposición/negación a la llamada «guerra de movimiento». En sus términos, defiende el «carácter procesal» de la transición contra el «carácter explosivo» de la revolución socialista.

Es incontestable el peso de la cultura y de la ideología en la sustentación del orden social, pero no se puede negar, todavía hoy, el papel determinante de la violencia y de la coerción en la manutención y en la reproducción del sistema capitalista. En las situaciones agudas de la lucha de clases se evidencia el papel decisivo y central de la fuerza en la preservación del orden burgués. Como dice Anderson: «(...) el desarrollo de cualquier crisis revolucionaria traslada necesariamente el elemento dominante –en el seno de la estructura del poder burgués- de la ideología hacia la violencia. La coerción se torna al mismo tiempo determinante y dominante en una crisis límite y las fuerzas armadas ocupan inevitablemente el primer plano en todas las esferas de la lucha de clases con la perspectiva de la instauración real del socialismo». ¹³

Desde otro lado, la posibilidad de la hegemonía popular u obrera sobre el conjunto de la sociedad implicaría una extensa utilización de los aparatos públicos y privados de la hegemonía. Se puede coincidir con los críticos del reduccionismo cuando observan que la hegemonía no se resuelve con la simple detención y control de los aparatos ideológicos, caeríamos en pleno campo del idealismo si supusiéramos la realización de la hegemonía por fuera y en la ausencia de esas instituciones.

¿En las sociedades democráticas contemporáneas, los principales y decisivos aparatos de hegemonía están enteramente abiertos y accesibles a las clases trabajadoras y populares? O entonces: ¿las diferentes clases sociales están en igualdad de condiciones para utilizarlos en la producción y difusión de sus posiciones ideológicas y culturales? Sabemos que esos aparatos no son monolíticos, ni funcionan como meros vehículos de las ideologías dominantes; en ellos igualmente se reflejan las contradicciones sociales y ahí se puede tratar la lucha ideológica de clases. Sin embargo, no se debe perder de vista la cuestión de los límites y del alcance de esa lucha dentro de dichos aparatos.

Tómese el caso de los medios de comunicación masivos (mediante los cuales se difunden y se producen las informaciones, los valores, las opciones políticas y electorales; donde se forjan nuevos comportamientos sociales y hábitos culturales etc.). Es, pues, de preguntarse: ¿la más extensa democratización de los medios de comunicación masivos (públicos y pri-

vados), en la vigencia del orden capitalista, permitirá la vehiculación, permanente y sistemática, de valores antiburgueses y de una cultura política de orientación socialista y popular? ¿Qué decir, incluso, de la hipótesis que esos medios difundieran, en el límite, interpelaciones masivas anticapitalistas y revolucionarias? En los régimenes democráticos más avanzados, esa posibilidad no se puede vislumbrar ni desde lejos.

Para algunos analistas, por detrás de esa concepción de la hegemonía popular bajo el orden burgués, habría un modelo construido a partir de la Revolución Francesa. Puesto que la burguesía, en pleno Antiguo Régimen, consiguió ser dirigente cultural e ideológico antes de la toma del poder del Estado, entonces ¿por qué semejante situación no podría darse con el proletariado? De todos modos, esta hipótesis pareciera desconocer que en el capitalismo, al contrario de lo que ocurrió con la burguesía durante el Antiguo Régimen, el proletariado está estructuralmente expropiado de los medios esenciales de la producción cultural e ideológica. Así, incluso en la fase de transición al socialismo, en ciertos campos y durante determinado tiempo, la clase culturalmente dominante continuará siendo la burguesía y no las clases trabajadoras.

De estos comentarios no se debería concluir que hay que subestimar o negar la importancia de la estrategia de la hegemonía en la lucha por el avance de la democracia y en la transición al socialismo. Para nosotros, la batalla por la hegemonía es condición previa y necesaria, nunca suficiente, en la lucha por el socialismo. Por hegemonía entendemos la capacidad de articulación —bajo la dirección de las clases trabajadoras— del conjunto de interpelaciones democráticas y populares existentes en el seno del orden burgués.¹⁴ Por interpelaciones democráticas y populares concebimos las más diferentes demandas sociales protagonizadas por una pluralidad de sujetos y movimientos: feministas, ecologistas, étnicos, homosexuales, etc. No teniendo necesariamente vinculaciones de clase, tales demandas y movimientos apenas alcanzarán un sentido político anticapitalista, en la medida en que sean articulados por fuerzas políticas comprometidas con el socialismo.

La capacidad hegemónica no se identifica, pues, con una mítica «misión histórica» de la clase obrera, ni se deduce de la conciencia de un sujeto portador *a priori* de la idea de la Revolución. La realización de la hegemonía dependerá exclusivamente de la capacidad política e ideológica que la clase trabajadora demuestre en la lucha social. Como ninguna batalla social está ganada de antemano, la posibilidad de que aquellas demandas sean articuladas (o neutralizadas) por los sectores dominantes

(liberales y conservadores) nunca estará descartada de la escena política. O sea: la cuestión de la hegemonía (liberal, conservadora o socialista) no se resuelve sino al interior de la lucha social y política. En esta perspectiva, el socialismo no es una etapa inexorable del desarrollo social e histórico. Continuará siendo la más bella de las utopías elaboradas por el pensamiento social mientras no encuentre protagonistas competentes (política e ideológicamente) para realizarla históricamente. De igual modo, no se puede contestar la relevancia de la estrategia de la «guerra de posición» en el seno del Estado burgués. La complejidad y extensión del Estado moderno impiden que se puedan tomar en serio las tácticas meramente insurreccionales del tipo de «cerco al Estado-fortaleza». Solo algunos ingenuos voluntaristas defenderían, aún hoy, asaltos arrojados a los «palacios de invierno» como la vía principal para instaurar el socialismo.

En la formulación de H. Weber, «el Estado no es un bloque monolítico, sin fisuras, que las masas enfrentarían desde afuera, por medio de varias confrontaciones, y que deberían destruir al final de una lucha abierta, insurreccional». ¹⁵ El Estado está atravesado por contradicciones de clase; su democratización, por otra parte, puede permitir a las clases populares y trabajadoras la conquista de importantes espacios dentro de él.

No obstante, sería una ilusión pensar que las clases y fracciones vengan a ocupar posiciones semejantes, o de equilibrio, en su interior. Como aclara el mismo autor: «Las clases dominantes controlan puntos estratégicos del Estado —ellas detentan la realidad del poder; las clases dominadas ocupan (o pueden ocupar) posiciones subalternas en tanto que personal de los diversos aparatos de Estado, o como representantes populares en las asambleas electas, pero son generalmente posiciones que detentan un poder extremadamente limitado». Poulantzas, aun en su última fase intelectual, no dejó de reconocer que las masas populares no consiguen tener posiciones de poder autónomo dentro del Estado capitalista: «Ellas ahí existen en tanto que dispositivos de resistencia, como elementos de corrosión o de acentuación de las contradicciones internas del Estado». ¹⁶

Al postularse que la democracia moderna en el capitalismo es el producto y la consecuencia de las luchas populares, se pasa a la conclusión equivocada de que, en los tiempos actuales, la democracia es fundamentalmente un poder exclusivo de las clases trabajadoras. O sea, la democracia política serviría prioritariamente a las masas trabajadoras, no a sus opresores. Se subestima así la realidad de que el funcionamiento regular de las instituciones democráticas (elecciones regulares, pluralismo partidario, libertades políticas, etc.) ha contribuido igualmente a la legitimación

del orden burgués. En este sentido, los análisis de los clásicos del marxismo todavía conservan su pertinencia teórica: la realización de la democracia representativa, en el orden capitalista, constituye y difunde la ideología del Estado neutro y del Estado representante de la totalidad de la población. Como sintetizó Anderson, la ideología de la democracia burguesa «forma la sintaxis permanente del consenso inducido por el Estado capitalista». ¹⁷

No se pueden contestar las realizaciones sociales del Estado democrático burgués. Ellas no son puros espejismos o ficciones para las clases trabajadoras; frecuentemente son tangibles y muy concretas. Como es siempre relevante subrayar, la supresión de la democracia política es particularmente desastrosa para las clases trabajadoras y populares. Pero, esa misma democracia -necesariamente clasista en el marco del orden capitalista, al contrario de lo que juzga la izquierda «moderna»- ha sido también un poderoso instrumento para la garantía y reproducción del orden desigual, en la medida en que sus efectos ideológicos han contribuido para privar a la clase trabajadora de la posibilidad de concebir un otro tipo de Estado y de sociedad. Si los regímenes democráticos permiten efectivas conquistas sociales y políticas para las masas populares, su idealización ha tenido un efecto mistificador y contrarrevolucionario. En este sentido, los críticos de la concepción de la «democracia como valor universal» no deben intimidarse con la acusación que sufren de ser «instrumentalistas» o adeptos «poco confiables» de la democracia.¹⁸ Sí, la democracia política no es sinónimo de dominación burguesa ni es una conquista descartable o supérflua para las clases trabajadoras. Tal como lo recordara recientemente A. Callinicos, la izquierda marxista no debe ignorar la democracia (política) liberal, «considerándola como una mera fachada cuya substitución (...) por el fascismo o por una dictadura militar, es una cuestión indiferente para los socialistas».¹⁹ No obstante, siendo necesariamente limitada y limitadora -al interior del capitalismo- la democracia no debe ser venerada ni fetichizada por los socialistas. El valor de la democracia política, en el orden del capital, reside en las posibilidades abiertas para los trabajadores y capas populares de organizarse políticamente mejor y combatir la hegemonía cultural e ideológica de la burguesía. La democracia crea, así, las mejores condiciones para que los trabajadores luchen por la construcción de una sociedad sin privilegios y sin discriminaciones.²⁰ Es en este sentido, pues, que la institucionalidad democrática debe ser consolidada y permanentemente ampliada. Llamar «instrumentalista» a esta posición implicaría la suposición de que, en el orden capitalista, los trabajadores

deben comprometerse con la democracia, básicamente por razones éticas y humanitarias. ¿O creen los críticos del «instrumentalismo» que la burguesía –en las circunstancias históricas y políticas en que se interesa por el mantenimiento de la institucionalidad democrática– estaría poseída por los edificantes ideales de justicia, del bien común y de la razón universal?

Otro punto a ser retomado en esta crítica es la afirmación de la posibilidad de una creciente democratización al interior de las instituciones estatales y de la sociedad civil; en el límite, la creencia en la realización de una democracia de carácter popular en pleno orden capitalista. De este modo queda supuesto que las clases propietarias admitirán –sin apelar al poder represivo del Estado– las reformas profundas y las transformaciones sociales en la dirección¹ de una democracia bajo hegemonía popular. ¿Admitirán algún día los capitalistas someterse a las decisiones democráticas de los trabajadores dentro de sus fábricas? En el plano de las estructuras ¿es posible concebir la universalización del principio de elegibilidad en todos los niveles del Estado burgués: elección de los magistrados, de la burocracia civil, de los oficiales de las Fuerzas Armadas? Como Miliband recientemente nos recordó: «(...) con su penetración en el sistema (capitalista, CNT), los socialistas han de hacer una crítica permanente a las limitaciones y fallas de la democracia burguesa, a su estrechez y formalismo, a sus tendencias y prácticas autoritarias». Más que eso, la crítica socialista debe revelar siempre el carácter sustantivamente no democrático de la sociedad burguesa: «(...) no son solo los arreglos políticos que deben ser blanco de críticas serias y convincentes; también el ejercicio del poder arbitrario en todos los aspectos de la vida –en las fábricas, oficinas, escuelas- donde quiera que el poder afecte la existencia de las personas».²¹

Concluyendo, entendemos que es un grave error político, en la discusión sobre la transición, desvincular –como hacen los adeptos de la izquierda «moderna»– la «guerra de posición» de la «guerra de movimiento». Gramsci ha sido invocado para sustentar la interpretación según la cual la «guerra de posición» sería la vía real y única del proceso político en dirección al socialismo. Preferimos otra lectura de Gramsci: aquella que no lo desvincula de los principales teóricos y militantes del socialismo revolucionario. En esta visión, sería suicida la estrategia política que excluyera la «guerra de movimiento» de la «guerra de posición». Una intérprete de la obra de Gramsci, C. Mouffe, alineada actualmente con las tesis de la «democracia radical», no deja de reconocer que «la guerra de movimiento no es sino un momento del proceso de transición, momento que debe ser preparado por la guerra de posición».²²

En la crítica sistemática y permanente a la concepción instrumentalista de la democracia y a la llamada «cultura golpista», los autores de la izquierda democrática le dedican poca atención al tema de la ruptura política revolucionaria. En rigor de verdad, hay aquí, prácticamente, un silencio teórico.²³ Para nosotros, la cuestión de la violencia no debe ser formulada en forma abstracta, ni encarada como un momento inevitable y necesario del proceso histórico. Pero no por eso ella debe ser descartada de la reflexión teórica en virtud de un compromiso radical que la izquierda debería tener con la democracia política. El escamoteo de ese tema en la reflexión intelectual y en la discusión al interior de los partidos y organizaciones socialistas puede significar, en la práctica, una renuncia a la transformación de la institucionalidad burguesa. ¿En nombre de qué los militantes socialistas —en su formación intelectual y política— deben privarse del examen de la cuestión de la violencia en la historia? Conociendo el poco empeño que las clases dominantes en el Brasil han puesto en la defensa del orden democrático (al contrario, nunca han vacilado en valerse de la violencia concentrada, por la vía institucional y privadamente, contra los avances populares) las izquierdas no pueden sucumbir a las ilusiones de la socialdemocracia y de la liberaldemocracia. Postular y enfatizar el camino democrático en dirección al socialismo no significa, necesariamente, adoptar una política «reformista». No obstante, es inaceptable concebir el proceso político basado solo en esta posibilidad estratégica. ¿No sería una idealización de la lucha social el creer devotamente que los dominantes aceptarán en paz las transformaciones sociales radicales, sometiéndose a la voluntad democrática de las mayorías?

¿La censura al debate sobre la cuestión de la ruptura política es el precio a pagar con el fin de ser admitido en el foro de la modernidad democrática? No se debe hacer la apología de las armas, ni concebir la política como una simple extensión de la guerra; pero, igualmente, no se justifica adoptar la no violencia como dogma o principio ético. Quien todavía hoy afirme la posibilidad histórica del socialismo no puede descartar el derecho legítimo que tienen los trabajadores de responder a la violencia sistemática de los dominadores. Negándose, por principio, a admitir la utilización de la contraviolencia revolucionaria —en caso de que las circunstancias de la lucha de clases les vinieran a imponer esta radicalidad— los socialistas estarán, en la práctica, abdicando de la posibilidad de la construcción de un «orden social en el que la democracia (sea) finalmente liberada de las limitaciones que le son impuestas por la dominación capitalista».²⁴ En el orden capitalista todo es posible de transformarse en mercadería:

objetos, ideas, instituciones. Parafraseando el análisis que Marx hizo del fetichismo, se puede afirmar que la democracia, en la esfera del capital, también es capaz de producir «sutilidades metafísicas» y encantamientos religiosos. Es de lamentar que muchos socialistas hoy se transformen, en la práctica, en los más celosos sacerdotes de la democracia política liberal. Al cultivar la democracia, la izquierda es saludada y conmemorada por sus nuevos interlocutores políticos e ideológicos. Tornándose «confiable» para liberales y socialdemócratas, pasa a aceptar (y a ostentar) placenteramente la designación de «moderna» y «civilizada». Cabe preguntarse si, en esta auténtica conversión democrática —típica de la «ruta de Damasco»— la izquierda «moderna» no está reescribiendo, con nuevas tintas, las meneadas tesis del socialismo a lo Bernstein. En esta perspectiva, ayer como hoy, a los socialistas no les quedaría más que luchar por la defensa de la democracia, el nombre de la (única) revolución posible en nuestros tiempos.

(*Traducción del portugués: Carlos Girotti / Florencia Girotti.*)

Notas

¹ Paul Hirst, *A democracia representativa e seus limites*, J. Zahar Ed., 1993, pp. 8.

² Entre sus ensayos que defienden esta tesis, pueden ser citados: Tomás Vasconi, "Democracy and socialism", en *South America, Latin American Perspectives*, vol. 17, nº 2, 1990; Robert Barros, *The left and democracy: recent debates in Latin America*, Telos, 1986; y Agustín Cueva, "La cuestión democrática en América Latina: algunos temas y problemas", en *Estudos Avançados*, vol. 2, nº 1, 1988.

³ Marco Aurélio García, "A social-Democracia e o PT", *Teoria & Debate*, nº 12, nov. 1990. En esa revista de estudios del PT, numerosos artículos han postulado esta concepción de democracia política. En su mayoría, escritos por militantes e intelectuales ligados a las tendencias internas «Articulación» y «Un proyecto para el Brasil». La revista *Presença*, dirigida por conocidos intelectuales, otrora vinculados al PCB, tal vez sea el más importante núcleo teórico-ideológico en el que el tema de la «modernidad democrática» tiene su más amplia e incontestable hegemonía. La revista *Teoria & Política*, en su inicio, de orientación marxista-leninista, tiene, actualmente, abiertas sus páginas para colaboradores que se alinean con las tesis de la izquierda «moderna»; es notoria la proximidad de los editores de la publicación con la tendencia «Un proyecto para el Brasil», en la que se reúnen figuras expresivas de la dirección nacional del PT, tales como José Genoíno, Eduardo Jorge, Tarso Genro y otros.

⁴ Teniendo espacio garantizado en los medios editoriales y en la prensa grande, políticos e intelectuales de la izquierda «moderna» no se cansan de exaltar las virtudes de la democracia. Haciendo coro con los ideólogos liberales, denomi-

nan a la izquierda, que piensa diferente, como «paleolítica», «jurásica» y otras expresiones del imaginario civilizado del Occidente...

⁵ En la observación de Marco Aurélio Nogueira, uno de los editores de la revista *Presença*, el ensayo de C. N. Coutinho se habría constituido en un auténtico «divisor de aguas» al interior del marxismo brasileño. Cf. «Gramsci, a questão democrática e a esquerda no Brasil», en: C. N. Coutinho, y M. A. Nogueira (orgs.), *Gramsci e a América Latina*, Paz e Terra, 1988. El entusiasmo de Nogueira lo llevó a afirmar que el artículo citado «impulsó realineamientos teóricos fundamentales y, sobre todo, ayudó a consolidar, entre muchos revolucionarios, una cultura política democrática y una visión moderna del socialismo». El ensayo pionero de Carlos Nelson Coutinho, «A democracia como valor universal» fue publicado, por primera vez, en la revista *Encontros com a Civilização Brasileira*, no. 9, de 1979. Posteriormente, fue publicado en libro por la editorial Salamandra, en 1984. El libro de F. Weffort, *¿Por qué Democracia?*, es de 1984.

⁶ F. Weffort, *op. cit.*, pp. 38

⁷ C. N. Coutinho, *op. cit.*

⁸ La cita está en F. Claudin, *L'eurocommunisme*, Paris, Maspero, 1977.

⁹ L. L. Radice, «Um socialismo a ser inventado», en *Encontros com a Civilização Brasileira*, nº 9, 1979.

¹⁰ Perry Anderson, *As antinomias de Antonio Gramsci*, Ed. Jorues, 1986. Como queda evidenciado en este artículo, acompañamos de cerca la crítica de Anderson a las interpretaciones que buscan –en la discusión sobre la cuestión de la hegemonía– distanciar a Gramsci del «socialismo revolucionario».

¹¹ G. Vacca, *apud* L. L. Radice, *op. cit.*

¹² C. N. Coutinho, *A dualidade dos poderes*, São Paulo, Brasiliense, 1985.

¹³ P. Anderson, *op. cit.*

¹⁴ Tomamos de Laclau y Mouffe la noción de hegemonía como capacidad de articulación de las interacciones democráticas y populares existentes al interior de una formación social compleja. Sin embargo, como se podrá verificar, discrepamos con estos autores en lo atinente a la indeterminación clasista de la hegemonía socialista postulada por ellos. Igualmente, la crítica que aquí se hace a la fetichización de la democracia representativa liberal en el capitalismo contemporáneo, también está dirigida a ellos. Cf. nota siguiente.

¹⁵ H. Weber, «Entrevista con Nicos Poulantzas», en *Teoria & Política*, São Paulo, Nº 4, 1980.

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ P. Anderson, *op. cit.*

¹⁸ Florestan Fernandes, intelectual y dirigente político del PT, no alineado en relación a las corrientes internas, es un crítico contundente de la «izquierda moderna»: «Hace tiempo, marxistas importantes se tornaron disidentes o abandonaron las antiguas posiciones en nombre de la democracia. (...) hay, en la esencia de la concepción socialista una relativización del concepto de democracia».

cia. La democracia es, sin duda, un valor, pero ella no escapa a las determinaciones de la sociedad civil. Por eso no puede ser representada como un valor en sí mismo, ni, mucho menos, como un valor absoluto». *Em defesa do socialismo*, julio 1990, edición del autor.

¹⁹ Alex Callinicos, *A vingança da História*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1992, p. 124. Coincidimos, pues, con la crítica que el autor hace al italiano Antonio Negri para quien «democracia es una forma agotada, con una función puramente oscurantista, un término general para un sistema de poder enteramente dominado por las fuerzas colectivas del capital». Cf. nota 35, p.162.

²⁰ Para el pensamiento socialista, la democracia política será siempre precaria e inconsistente mientras no existan otras estructuras sociales y económicas igualitarias. Para los liberales progresistas y los socialdemócratas, la democracia es un fin en sí mismo y puede ser plenamente compatible con la existencia de la miseria, de la desigualdad y de la explotación social. A. Touraine y Bresser Pereira, respetados intelectuales progresistas, comparten este punto de vista cuando afirman, respectivamente: «La democracia no es un tipo de sociedad; sólo es un tipo de régimen político» (Alain Touraine, *Palavra e Sangue. Política e sociedade na América Latina*, Campinas, Ed. de la Unicamp, 1988), «La democracia es un tipo de régimen y no una utopía» (Ideologias económicas e democracia no Brasil, Estudos Avançados, mai./jun. 1989).

²¹ Ralph Miliband, «Reflexões sobre a crise dos regimes comunistas», en: Robin Blackburn, *Depois da queda. O fracasso do comunismo e o futuro do socialismo*, Paz e Terra, 1992. En un artículo reciente, en el que examina la relación entre democracia y socialismo, Décio Saes entiende que en la democracia socialista y proletaria, las masas trabajadoras participarían activamente «no solo en la elección de la burocracia estatal y en el ejercicio de un riguroso control sobre ésta, sino también en la desestatización creciente de la formación social donde se construye el socialismo» (A superioridade da democracia socialista, *Princípios*, N° 26, 1992).

²² Chantal Mouffe, «Hegemonía, política e ideología», en: Del Campo, J.L., (org.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, 1985. C. Mouffe y E. Laclau, en un trabajo conjunto, *Hegemony and Socialist Strategy* (Londres, Verso, 1985), se colocan abiertamente en el campo del llamado «post marxismo» y de la «democracia radical».

Nótese que, en la revista de estudios del PT, al contrario de la revista *Presença*, se publican artículos críticos a la concepción de la democracia como valor universal y a la estrategia de la hegemonía identificada sólo con la «guerra de posición». Entre otros, pueden ser citados: Juarez Guimarães, «A estratégia da pinça», *T & D*, N° 12, 1990; y Ronald Rocha, «A democracia profana», *T & D*, N° 11, 1990.

²³ En uno de los primeros artículos críticos al ensayo de Coutinho, Márcio Naves señaló este punto: «Lo que el discurso de Coutinho no es capaz de produ-

ir es la noción de ruptura. De este modo, queda impedido de establecer, tanto una línea de demarcación nítida entre la democracia burguesa y la democracia socialista, como también se torna incapaz de pensar una estrategia revolucionaria, liberatoria del dominio de la ideología burguesa» («Contribuição ao debate sobre a democracia», en: *Temas de Ciências Humanas*, N° 10, 1981). Sobre el tema de la violencia, la tendencia «Un proyecto para el Brasil» tiene una posición muy nítida. En una de sus tesis, presentada al I Congreso del PT, después de cuestionar la reestructuración de la ONU —«que precisa ser democratizada y adquirir poder real»— propone que el Partido se afirme «como una organización adepta a la no violencia». No deja de ser ilustrativo que intelectuales y militantes vinculados a la tendencia PPB, consistentemente y con mucho entusiasmo, pasen a endosar la ética kantiana y las formulaciones de autores como A. Heller, H. Arendt, J. Habermas y otros. El tema de la ética en la política es una preocupación permanente, abordado bajo la óptica de un humanismo abstracto que poco tiene que ver con una perspectiva crítica y materialista.

²⁴ R. Miliband, *op. cit.* pp.34-35. La cuestión de la relación entre socialismo y democracia no fue objeto de este artículo. Pero, para que no queden dudas, firmo que el socialismo sólo se consolidará con la plena democratización de la sociedad y del Estado. La democracia es un valor para el socialismo; pero el carácter revolucionario del socialismo dispensa la fetichización de cualquier institución. Solo en el socialismo, con la articulación de los ideales históricos de la libertad y de la igualdad, de forma sólida y consistente, la democracia podrá ser un proceso perfectible, indefinido y permanente.

Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE

dialéktica

Secretaría General C.E.F.y L. • Revista de Filosofía y Teoría Social